

AGENDA CIUDADANA

EL HOMENAJE DEL VICIO A LA VIRTUD

Lorenzo Meyer

Incongruencias.- Hay algo irritante, fuera de lugar, en la fotografía del presidente haciendo guardia junto al féretro de uno de los símbolos más acabados de la oposición democrática al régimen actual: el ingeniero Heberto Castillo. Lo que hace extraña y chocante la escena es su incongruencia, pues la naturaleza del poder representado por el presidente es fundamentalmente antagónica a los valores políticos por los que Heberto Castillo vivió y actuó con una congruencia poco común en nuestro país.

Como se sabe, la presencia del poder del Estado en el funeral del ingeniero Castillo no se concretó al ejecutivo sino que estuvo acompañada por una parte de la crema de la clase política gubernamental: los gobernadores de Chiapas y de Sonora, al menos un secretario de Estado, el vocero de la Presidencia, directores de paraestatales, legisladores y dirigentes del partido de Estado e incluso, si las crónicas son exactas, agentes o exagentes de los aparatos de seguridad que en otros tiempos -- 1968-1969-- persiguieron y castigaron por su terquedad democrática a quien, ya muerto, pretendían que fuera objeto de su respeto.

¿Como interpretar la presencia de esos representantes de un sistema autoritario en el funeral de quien luchó contra ellos y, sobre todo, contra lo que simbolizan y contra los intereses que representan?. Una forma es verlo como simple oportunismo, tan común entre la clase política, pero otra --que no excluye la

anterior-- es considerarlo como un homenaje que rinde el vicio a la virtud.

Es claro que si en México viviéramos en un sistema democrático, a nadie le llamaría la atención que, ante el enorme misterio de la muerte, los miembros de los partidos políticos, incluido el que gobierna, hicieran un alto en sus afanes y pugnas --una tregua-- para reconocer el valor del adversario, pues al fin y al cabo los valores centrales y los objetivos últimos del quehacer político son compartidos por todos y las diferencias serían secundarias, relacionadas con los medios. Nobleza obliga, se diría. Pero resulta que en México el proceso político aún no es de esa naturaleza sino de otra, casi opuesta, y entre las características del grupo en el poder no se encuentra la nobleza.

Gobierno y Oposición no Comparten Valores.- En el México que acaba de perder al ingeniero Castillo, el gobierno y sus aparatos por un lado y la oposición real por el otro, siguen sin compartir valores comunes y por tanto su enfrentamiento no es como meros competidores sino como fuerzas incompatibles, enemigas, en donde la ganancia de uno es inevitablemente la pérdida del otro. En los hechos, la persistencia de un gobierno sostenido por, y sostenedor del, partido de Estado más antiguo del mundo, significa seguir negando, y a fondo, los principios de la democracia. En un país donde nunca ha sido posible la alternancia en el poder como resultado de elecciones, y donde por 68 años ha habido un monopolio de partido, la exclusión permanente del otro --de la oposición-- se ha institucionalizado.

Y si ahora todo apunta a que esta larga etapa de la historia mexicana esta a punto de llegar a su fin, la razón no se encuentra en un cambio en la naturaleza del grupo en el poder, sino en el aumento de la presión de una parte cada vez más importante de la población mexicana que está empeñada en dejar de ser súbdito y ganar a pulso, con liderazgos como el de Heberto Castillo, la condición de ciudadana.

Los miembros del gobierno que fueron a ofrecer sus condolencias a la familia y a los compañeros de partido del ingeniero Castillo, pudieron haberlo hecho movidos, en lo personal, por un sentimiento de simpatía hacia el político desaparecido --por ejemplo, en su juventud, y antes de ser un engrane y luego cabeza de la estructura del poder autoritario, Ernesto Zedillo conoció y trató al ingeniero Castillo-- o de mala conciencia, si es que alguna vez simpatizaron con el antiautoritarismo. Pero objetivamente ellos son los herederos directos de quienes hace veintinueve años pusieron en prisión al hoy desaparecido por haberse atrevido a desafiar a un presidencialismo tan lleno de prepotencia y autoritarismo como vacío de autoridad moral. Igualmente, son los mismos que ocuparon cargos de responsabilidad durante el sexenio de Carlos Salinas, cuando se llevó a cabo un fraude sistemático contra la corriente de centro-izquierda de la que el ingeniero Castillo era dirigente, y se propició una guerra sucia contra su partido que ha costado la vida a más de tres centenares de militantes. Esos personajes son los responsable directos de un orden que en este sexenio ha dejado en la impunidad al grueso de los responsables

materiales e intelectuales del asesinato de tantos de sus correligionarios del fallecido Heberto Castillo, y que ha puesto un obstáculo tras otro al objetivo por el cual estaba trabajando el ingeniero desde el Senado cuando murió: un acuerdo político de fondo entre el gobierno y la insurrección campesina e indígena que estalló en Chiapas en 1994.

Es posible y deseable que en algún punto de nuestro futuro la lucha política deje de ser entre enemigos y entre en una etapa más civilizada y moderna donde las pugnas se den entre meros competidores que actúan dentro de un marco de respeto mutuo según las reglas del juego democrático y del Estado de derecho. Sólo entonces serán creíbles las muestras de respeto entre los dirigentes de partidos que enarbolan banderas distintas pero no incompatibles. Sin embargo, ese tiempo, aunque quizá ya muy cercano, aún no ha llegado. Por tanto, la presencia de los responsables del poder en el último homenaje a uno de sus opositores más congruentes y tenaces, no debería confundirnos: se trató de un gesto vacío. Desafortunadamente la política mexicana sigue siendo un choque entre los beneficiarios de un régimen antidemocrático en su etapa terminal y sus oponentes, entre los que destacó el ingeniero Heberto Castillo.

Vivir de la Política y Vivir para la Política.- Max Weber, uno de los clásicos de la sociología política, hizo una distinción que, aunque matizada por los cambios en la textura de los tiempos, sigue siendo muy útil para distinguir la naturaleza de los políticos y sus políticas. La diferencia que Weber propuso fue entre aquellos que viven para la política y los simplemente

que viven de la política. Weber, obviamente, prefería a los primeros sobre los segundos. Y ni duda que el ingeniero Heberto Castillo era de aquellos que viven para la política, para una política de principios.

Examinando su biografía, resulta claro que Heberto Castillo decidió militar en la oposición no como una forma de ganarse la vida, sino por razones morales. Efectivamente, como ingeniero, tuvo éxito casi desde el principio y bien pudo haber hecho del cálculo de estructuras una buena fuente de ingresos, sobre todo si hubiera dejado de lado sus pasiones políticas y canalizado todas sus energías a servir a la pasión que domina y consume precisamente a la mayoría de los que aquí se han dedicado a vivir, no para, sino de, la política: la pasión de tener poder y acumular capital, tal y como reza el famoso dictum: "un político pobre es un pobre político", atribuido, y no sin razón, a ese paradigma de quienes hoy viven en México de la política: el profesor Hank González.

Un ingeniero como Heberto Castillo, hubiera podido decidir no echarse a costas responsabilidades que nadie le obligaba a asumir, y seguir solamente por el camino que ya había iniciado en el campo del cálculo de estructuras y de las lucrativas empresas constructoras (Constructora Indé). Sin embargo, mostrando el signo de la verdadera aristocracia, la del espíritu --según la famosa definición de José Ortega Y Gasset-- decidió irse por el camino difícil. En los años cincuenta, decidió unirse al general Lázaro Cárdenas y al Movimiento de Liberación Nacional, para luego ser parte muy activa en el movimiento del 68 y pagar por

ello con la persecución y más de dos años de cárcel. Luego, sin quebrarse, puso su pluma al lado de los opositores, organizó el Partido Mexicano de los Trabajadores (1974) para después ser parte muy activa en el proceso de integración de la izquierda en el Partido Mexicano Socialista y finalmente fundirse en el PRD. Y todo ese largo recorrido lo hizo sin ceder, como muchos de sus compañeros, a las tentaciones de la cooptación ni rendirse ante las prácticas de la izquierda dogmática.

Como Moisés en el desierto, Heberto Castillo libró muchas batallas pero ya no pudo ver la tierra prometida --la transición de México a la democracia--, pero si ésta llega --y cada vez es más probable que así sea--, será justamente el resultado del empeño altruista de personas como el ingeniero de Ixhuatlán de Madero.

El Panteón de Nuestros Héroes. - Es claro que en México el panteón de los verdaderos héroes cívicos está formado, básicamente, por aquellos que se enfrentaron al poder y en ese enfrentamiento mostraron su verdadera talla y cayeron: Hidalgo, Morelos, Flores Magón, Zapata. Algunos, los menos, llegaron finalmente a conquistar y ejercer el poder que buscaron, como Juárez o Madero, pero su verdadera grandeza estuvo en la etapa anterior, en su lucha como opositores de los intereses creados. Desde el poder mismo, son pocos los han conquistado el derecho de tener un lugar entre los grandes; Lázaro Cárdenas, de quien el ingeniero Castillo fue secretario, es justamente una de las excepciones.

Es verdad que hoy nuestras ciudades están punteadas --quizá fuera más adecuado decir plagadas-- por avenidas Adolfo López Mateos, colonias Gustavo Díaz Ordaz y mil sitios semejantes. Hay, incluso, broncees que han "inmortalizado" en vida a Fidel Velázquez o José López Portillo (el pétreo monumento a Miguel Alemán, afortunadamente, desapareció). Sin embargo, todos sabemos que se trata de falsos "hombres grandes", que no resisten el examen una vez que han dejado el poder; un caso reciente y patético es el del gran modernizador de México: Carlos Salinas, hoy en el exilio y a la defensiva.

Una vez que la Revolución Mexicana dejó de ser una fuerza transformadora de las injusticias históricas, una vez que se transformó en "institucional" --la postrevolución--, ha sido incapaz de generar de entre sus filas una sola figura capaz de despertar de manera auténtica el respeto del ciudadano común y corriente. La clase política tendrá el poder y mediante su manipulación podrá acumular riqueza de manera obscena, pero no puede lograr el respeto auténtico, espontáneo, que da la honradez; ese es un privilegio que sólo se logra desde fuera, como fue el caso de Heberto Castillo.

Personalidades como la del ingeniero Heberto Castillo hay pocas, pero afortunadamente las hay. Mientras una sociedad sea capaz de producir el liderazgo moral que le permite pasar por las épocas negras sin perder las ideas básicas, los valores fundamentales, no estará enteramente a la deriva.

La distancia que hay entre los políticos y burócratas del régimen actual y personas como Heberto Castillo, es enorme, y no

por estar unos momentos al lado de su féretro, esa distancia se va a acortar, al contrario, se hace más evidente.